

Glosario del proyecto 'Cultura emocional e identidad'

Identidad

Desde un punto de vista *filosófico*, el principio de identidad se formula con posterioridad al principio de no-contradicción: quien tiene el concepto de A, tiene el concepto de no-A. Y la formulación de la identidad de A consigo misma es un paso lógicamente posterior. En todo caso, **en el plano lógico**, afirmar la identidad de una sustancia consigo misma significa afirmar la igualdad de todas sus propiedades –donde el término “propiedad” incluye también el tiempo-.

Ahora bien, cuando proyectamos esta visión *lógica* de la identidad **en el mundo físico**, sujeto a movimiento, nos encontramos con que la afirmación de la identidad de un sujeto consigo mismo ya no puede hacerse en los mismos términos, pues los sujetos físicos están afectados por la distensión temporal, y las propiedades que tienen en el instante t1 no son las mismas que tienen en el instante t2; más aún, en el caso particular de los seres vivos, cabe afirmar que sólo al término de su desarrollo llegan a ser plenamente lo que al principio eran sólo de manera germinal. Si, a pesar de todo, seguimos hablando de identidad, es gracias a la introducción de las **categorías metafísicas**, de sustancia y accidentes, gracias a las cuales cabe afirmar que un sujeto permanece sustancialmente el mismo en medio de muchos cambios accidentales.

No obstante, conviene notar que la introducción de las categorías de sustancia y accidente no comporta necesariamente una solución **el problema empírico de la identificación** de un sujeto como el *mismo* sujeto. Una cosa es la identidad, y otra los criterios de identificación.

Aunque a menudo se apunta a la continuidad física como criterio para determinar si el sujeto que observamos en el instante t1 es el mismo que el que observamos en el instante t2, lo cierto es que la continuidad física sería un criterio de identificación si y sólo si fuera continuidad *de lo mismo*, y precisamente lo que está en cuestión, en el problema de la identidad, es si el sujeto es o no *el mismo*. En términos aristotélicos, diríamos que **lo que otorga identidad no es la materia sino la forma**.

El problema de la identificación se hace más agudo cuando pasamos al **plano antropológico**, y esto por dos razones:

a) la primera, porque la identidad específicamente humana no se advierte exclusivamente consignando la continuidad física de su sustancia, sino que requiere *asimismo* el tomar en consideración la conciencia que el mismo hombre tiene, o desarrolla, sobre su propia identidad; es decir, **no basta la perspectiva de la tercera persona, que observa ciertas continuidades, sino que es preciso, además, la perspectiva de la primera persona**, que recuerda su propio itinerario vital;

b) la segunda, porque, en el caso del hombre, el “llegar a ser él mismo” ya no es un simple despliegue de posibilidades inscritas en su naturaleza, sino que desempeña un papel crucial el ejercicio de la libertad. En este sentido, la

identidad humana no es una identidad « específica », que tenga su punto de referencia en la realización más o menos acabada de lo ya contenido en la especie *homo sapiens sapiens*, sino que es **una *identidad personal***, en la que van prefigurados elementos nuevos.

Llegados a este punto, se impone una reflexión sobre la naturaleza de la identidad personal, y el modo de realizarla, en el cual va implícita, necesariamente, la referencia a la sociedad y la cultura.

En efecto: por de pronto, es claro que allí donde no hay libertad, no puede haber desarrollo de una *identidad personal*. Sin embargo, la libertad humana no se ejerce en el vacío. Presupone elementos *dados*, a los que, con carácter general, cabe llamar *naturaleza*, y que podemos entender en un doble sentido: como *órexís* –dimensión tendencial, por la que nos vemos atraídos por determinados bienes- y como *facticidad circundante*, que condiciona y perfila las opciones que podemos realizar.

Entre estos elementos fácticos, pero no necesariamente vacíos de significado, se cuenta lo que Hegel llama *cultura objetiva*, así como la misma *estructura social* en la que nos vemos envueltos, y que, como se ha dicho, en gran medida define las opciones vitales que tenemos a nuestro alcance.

En efecto: nuestra libertad se ejerce en un contexto histórico preciso, marcado por una herencia cultural, compuesta de ideas, normas, valores, que, en el curso del proceso de socialización, podemos asimilar en mayor o menor medida, así como por unas estructuras sociales, más o menos rígidas, a las que se debe en buena medida nuestra (o nuestras) *identidad(es) social(es)*.

A la luz de estas consideraciones, puede advertirse cómo el desarrollo de la identidad personal depende, en un primer momento, del *proceso de socialización*, por el que los individuos asimilan de modo casi inconsciente una serie de pautas normativas, ideas y valores presentes en su cultura.

Como es sabido, las principales teorías al respecto se remontan a Freud – el niño interioriza el sistema simbólico mediante la sujeción al padre, que lo representa; y es gracias a esa sujeción como va desarrollando la subjetividad-; o Mead –en el curso de sus juegos infantiles, el niño va interiorizando los roles ajenos, y desarrollando la diferencia entre el yo espontáneo y el “mí”, que refleja el modo en que lo demás lo perciben. Se ha reprochado a Mead que su teoría de la socialización no incorpora de modo suficientemente convincente las emociones.

Por el contrario, en tiempos más recientes, Margaret S. Archer, ha incoado una teoría de la formación de la identidad social y personal, en la que las respuestas emocionales del yo frente a la naturaleza, la técnica y los demás, son incorporadas en la definición de la propia identidad.

Bibliografía

- Archer, M., *Being Human: The problem of Agency*, Cambridge University Press, 2000.
- Bauman, Z., *Identity: conversations with Benedetto Vecchi*, Polity Press, 2004.
- Elliot, A., *Concepts of the self*, Polity 2001.
- Inciarte, F., *Tiempo, sustancia, lenguaje*, Eunsa, Pamplona, 2004.
- Polo, L., *Hegel y el posthegelianismo*, Eunsa, Pamplona, 2006.
- Taylor, Ch., *Sources of the Self. The making of modern identity*, Cambridge University Press, 1998.
- Zaretski, E., "The birth of identity politics in the 1960's: psychoanalysis and the public/private division", in Featherstone, M., Lash, S., Robertson, R. (eds.), *Global Modernities*, Sage Publications, London, 1997.